

**Quédate lo
todo**

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Fernanda Namur

Derechos exclusivos de edición:

© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,

Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: junio de 2024

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo

ISBN: 978-956-408-545-6

RPI: 2024-A-2683

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

FERNANDA NAMUR

Quédate lo todo

Una novela

 Planeta

“Tengo en mí tantos arrepentimientos,
Tantos inútiles presentimientos,
Una fidelidad ciega de perro,
Un corazón que puede ser de hierro,
Que no conmueve a veces ni la muerte,
Ni la alegría ni la buena suerte.
¡Si tengo un corazón es para que arda!”

SILVINA OCAMPO

Capítulo 1

Una de las pocas certezas que tengo en mi vida es, como dicen por ahí, que del odio al amor hay un solo paso: la persona que más he querido es la que más daño me ha hecho. Su nombre es Gabriela Santelices, el mío es Elena Ramos, y lo nuestro fue amor a primera vista. Apenas la conocí supe que quería ser su mejor amiga.

Tu mejor amiga, debería decir.

Me es muy difícil explicar el profundo sentimiento de vergüenza que me inunda cuando me preguntan por ti y no tengo otra opción más que contestar que ya no nos hablamos. Es infantil, lo sé, pero así me siento: una niña desamparada desbordada de emociones que aún no tienen nombre, sin embargo, es el tuyo el que me atormenta por mucho que intente olvidarlo. Dejo de tener veintiocho años y vuelvo a los ocho de golpe, una cachetada que es tan dolorosa que me hace cuestionar la forma en la que antes solía medir el sufrimiento. Soy una mujer adulta, tengo problemas muchísimos más importantes de los cuales debería estar preocupándome, sin embargo, ahora me reduzco a esto.

Una espectadora incapaz de desprenderse del pasado.

Mi único consuelo es que la gente no suele preguntar por qué nos peleamos. No sé por qué, ahora que lo menciono. Con lo metidos que son para el resto de las cosas, en realidad es extraño que solo aquí es cuando dejan que una pregunta quede suspendida, sin respuesta. ¿Será que no saben cómo reaccionar? Quizás debería haberle hecho caso a la vergüenza, quizás esto no es algo que debiese ir contando por la vida. Puede ser que una persona normal en esta situación simplemente opta por el diplomático camino del «nos distanciamos», o más fácil aún, mentir y decir que todo va bien y fin del asunto.

Quizás es que saben que, si ya no somos amigas, es porque algo grave tuvo que haber ocurrido entre nosotras. Fuiste una persona demasiado importante para mí, y pasamos por tantas experiencias juntas, que el fin de nuestra relación sin lugar a duda es un duelo que se me nota en la cara, que escapa por mis poros, viscoso y putrefacto, y se sienta sobre mis hombros intensificando la gravedad con la que el piso atrae a mi cuerpo.

La gente «adulta» no termina con sus amigos.

No sé si alguna vez había terminado una amistad como lo hicimos nosotras. Intentar recapitular la serie de eventos que nos llevó hasta acá me marea. Habíamos peleado antes, pero nunca de esa manera.

Creo que sé qué fue lo que cambió, lo que hizo que esta vez fuese distinta a las otras.

Yo.

Yo estaba distinta.

Lo que me hiciste me cambió para siempre, o por lo menos alteró irreversiblemente cómo te veía. Ya no me importaba cuidar tus sensibilidades ni tus sentimientos. Quería que te doliera como me dolió a mí. Quería verte reaccionar, quería verte sangrar. Viste lo peor de mí, pero no sé si te diste cuenta de que yo a ti te vi tal cual eres, tal como siempre fuiste, pero que astutamente maquillaste. No fue esa discusión la que rompió lo que fuimos, fuiste tú. Tú fuiste poco a poco, como una termita, comiéndotelo todo a tu paso, sin que yo alcanzara a darme cuenta de lo que estaba pasando. Parasitaste esta relación, y cuando colapsó bajo su propio peso, te indignaste conmigo cuando me atreví a cuestionar la condición de su estructura.

Chúpalo, Gabriela Santelices.

Chúpalo y no dejes de chuparlo hasta que te agotes.

Durante tanto tiempo soñé con una hermana como tú. Los momentos que compartimos como amigas fueron de los más felices de mi vida, sentía que la nuestra era una relación que solo se daba en las películas. Lo echo tanto de menos, y por eso te odio. Odio que fuiste la mejor amiga que he tenido y la persona que me hace no querer volver a tener en

mi vida una amiga de ese tipo. Odio que seguramente a ti te da lo mismo.

*

Rabia, pena, y un temporal de pensamientos catastróficos inundan mi cabeza mientras mi mirada se pasea por la polvorienta salita de estar que en este momento me contiene sin mucho cariño. Francamente, ya no sé qué más hacer para matar el tiempo. Cuando estás en un lugar por última vez, la culpa te invita a memorizarlo antes de que sea tarde.

Desvanecimiento.

Vacío.

Olvido.

Podría intentar recorrer con la vista cada centímetro de este lugar antes de que llegue el taxi que me llevará al aeropuerto. No creo que me alcance el tiempo, ni tampoco sé si vale la pena hacer el ejercicio, pero no me quedan muchas más opciones. Mis ojos son una escoba gastada a la que apenas le quedan un par de cerdas y que hace lo posible por barrer todas las pelusas que me rodean, congelándolas en su lugar. Si depende de mí, jamás volveré a pisar este lugar semiabandonado. Nunca más me sentaré en este incomodísimo sillón cuyo color innombrable es la suma de todo lo que comimos y derramamos sobre su terciopelo barato, de segunda. Jamás pensé que perdería para siempre la chance de arreglar la pata floja de la mesa del comedor. Sin saberlo, en algún momento limpié el mesón de la cocina por última vez.

Pocas cosas van quedando de todas las que solían habitar este espacio. Las más feas, las más rotas y las que tú, Gabriela, aún no vienes a buscar. Es ridículo, pero me sorprende demasiado que el televisor siga en su lugar, como si nada. Es mío, lo compré muchísimo antes de que nos fuésemos a vivir juntas, y aun así me sorprende que se encuentre aquí, en mi propia casa. Te has quedado con todo, esa era tu naturaleza, asumí lo peor e incluso esto lo di por perdido.

Aprieto con rabia el control remoto y no pasa nada.

Debo dejar de hablarte, nombrarte como si fueras otra.

«¿Por qué mierda no se prende esta weá?» pienso mientras golpeo el control con rabia.

Presiono, presiono, presiono y nada. Al igual que yo, el control no tiene baterías.

—Qué hija de puta —digo en voz alta entre dientes apretados.

Gabriela. Campeona mundial en sacarle las pilas a todo, a escondidas, sin dar aviso y sin reponerlas. Jamás. Nunca. Hubo un momento en que sus asaltos eran tan descarados y descriteriados que tuve que cambiar mis vibradores antiguos por unos recargables y así evitarme el mal rato. ¿Me creerías si te digo que en ese momento realmente no me molestaba? En ese entonces me causaba hasta gracia el robo hormiga de Gabriela. Pero era distinto cuando éramos amigas. Si a ella le faltaban baterías, yo feliz de poder ayudarla,

aun cuando no había sido realmente partícipe de la solución. Este orgasmo te lo regalo yo.

Mientras estés feliz, y a mí me dejes en paz, te los regalo todos.

¿Cuál habrá sido el último?

Menos mal este televisor es de aquellos que aún tienen botón de encendido manual. Lo que no tiene es una forma de cambiar de emisora, por lo que me resigno a ver lo que sea que me depara un canal nacional un domingo a mediodía. Quien diría que este lugar que tanto amé hoy no se reduce a más que una sala de espera de un consultorio.

Qué deprimente, por la chucha.

Una breve pausa comercial y volvemos a la programación habitual.

Con el sol de las doce a todo dar, una joven periodista se dedica a intentar entrevistar a personas haciendo fila a las afueras de una cárcel. Digo intentar, ya que casi nadie quiere regalarle ni una palabra ni un solo segundo de su tiempo malgastado. Es divertido y vergonzoso a la vez ver cómo le dan la espalda a su micrófono. Debe haber saludado en vano a al menos diez espaldas y hombros distintos hasta que logró dar con la víctima perfecta: una mujer canosa de rostro amable y que fácilmente podría ser su abuela, la mía, o incluso la tuya. Era la abuela de todo Chile. Una de esas típicas señoras que tienen cara de que, si les pides la hora, te cuentan lo acontecido en su día completo. Accede con timidez a la entrevista, mirando de reojo

la fila estática, urgida ante la posibilidad de perder su lugar. De manera pausada y con una suavidad feroz, mira a la cámara de frente y comenta que lleva doce años visitando la cárcel. Todos los domingos, sin falta, viaja para ver a su hijo. Todos los domingos su despertador suena a las 5:00 a.m., todos los domingos arma un bolsito con un poco de comida y uno que otro encargo, y absolutamente todos los domingos del año toma un bus que en tres horas la deja frente al mausoleo de violencia y abandono en el que se hospedaba su primogénito.

—Soy lo único que tiene, y él es lo único que me queda mí —explica la señora—, así que aquí estaré todas las semanas hasta que él termine de cumplir su castigo. Al final del día, él sigue siendo mi familia. No importa lo que haya hecho. La sangre es más fuerte.

—¿Y cuántos domingos más le quedan? —pregunta la reportera nerviosa, en un débil intento de alivianar el ambiente.

—Uy, no estoy segura, no sabría calcular. Son ocho años más, no sé si usted podría ayudarme con el número, no soy buena para esas cosas. Ocho años más, si todo sale bien —con su mirada clavada en la cámara la mujer aclara que su hijo ha sido condenado a veinte años de cárcel por homicidio calificado, luego de asesinar a su hermano menor por una deuda impaga. Sin que se lo pidieran, contó con lujo de detalles cómo fue ella misma quien encontró en el patio de su propia casa a sus dos hijos. Uno estaba tirado en el

piso, el otro sostenía un peñasco ensangrentado que había arrancado del muro que ella por tanto tiempo había tenido pendiente arreglar.

Ver a la periodista descolocada intentar recomponerse, sosteniendo el micrófono como si fuese un salvavidas, era todo un cuadro. Me hubiese sacado una carcajada de no haber estado tan impactada como la pobre reportera ante lo que acababa de escuchar.

—Un ejemplo del amor de madre, y de cómo la familia, aunque no se elige, es para siempre, pase lo que pase. Adelante, estudio.

Personalmente, nunca he sido partidaria del dicho «la sangre es más espesa que el agua». No sé quién instaló la idea, pero me llama la atención esa locura colectiva que insiste en que la familia es para siempre. Que pase lo que pase, son ellos quienes estarán allí el uno para el otro. Ese es tu equipo, es el que te tocó e independiente de si es bueno o malo, y es tu deber permanecer allí.

Pura mierda.

Pienso en la madre del fraticida, en mi propia madre olvidada y en Gabriela. Yo sé que es un caso un poco extremo, pero se entiende la idea: la amistad no viene con ese seguro incluido.

La familia es eterna.

Los amigos por un rato.

Y yo nuevamente me quedé sola.

En *shock*: absolutamente nadie.

Aun no aprendo el truco ese de retener el amor ajeno. Pienso que sería tremendo poder capturarlo, enjaularlo y llevarlo conmigo a donde sea que lo necesite. Fue una de las razones por las cuales decidí estudiarlo. No el amor en sí, tan difícil de medir e imposible de cuantificar, pero aquello que te hace *querible*. Qué es lo que te hace digno de recibir amor, en especial cuando no existe el deber ni la obligación de entregarlo. De todos los temas, de todos los tipos de relaciones, de todas las conductas humanas, fui una masoquista y elegí la amistad como el tema central de mi investigación. Cuestionable, al igual que la decisión de exiliarme a mí misma en el proceso. Como si necesitara empaparme de aquello que más me duele en lo que algunos dirían es un intento desesperado por enjuagar mis pecados.

Este es mi *vía crucis* y hoy es mi último día antes de partir.

Un quiebre.

Un antes y un después.

Eso espero.

Es el consuelo que tengo.

Qué ridícula.

Veo la hora en la esquina de la pantalla del televisor, y calculo que el taxi está por llegar.

Me acerco al espejo que se encuentra junto a la puerta de entrada para revisar que esté todo en orden. Una capa de mugre cubre mi reflejo, y como quien no quiere la cosa, tacho con la yema de mi índice una

violenta diagonal, partiendo por el ojo derecho hasta llegar a la comisura de la boca marchita que me devuelve la mirada. Con el dedo aún sucio, lentamente como si fuese un vals, termino mi obra maestra:

X

Toda la vida he escuchado que tengo la misma mirada que mi mamá, y nuestro parecido físico solo ha ido en aumento con el pasar de los años. Ambas compartimos los mismos ojos de ratón separados forzosamente por una nariz aguileña, regalándonos el poder de vernos perpetuamente turnias. A veces creo que podría sacarme mejor partido si le pongo un poco de ganas al asunto. Tengo una boca gruesa que algunos podrían considerar atractiva en un rostro distinto. Si me preocupase más por cepillar mi pelo y mantener a raya el puñado de nudos oscuros que suelen anidarse sobre mi nuca, incluso podría verme decente. Hablando de eso, creo que aún me quedan un par de minutos. Podría alcanzar a cepillármelo rápidamente.

Ser desde ya una nueva persona. Si lo que quiero es partir de nuevo, podría hacerlo desde ya, como alguien que siempre está peinada y nadie nunca la apodará «Melena», independiente de si me lo dicen con cariño o no.

Me acerco a la esquina donde acomodé mis maletas, y en su interior, el pobre cepillo.

Chucha.

En dónde mierda guardé el cepillo.

Y así, todo el minucioso trabajo que llevó a cabo la Elena del pasado fue destruido por la Elena del presente. Los calzones volvieron a quedar desperdigados por el piso, los remedios se dieron vuelta en el fondo de un bolsillo distinto al que los contenía originalmente y el cepillo de mierda había desaparecido en democracia. Desarmé todo para nada.

Todo esto, a veces, se siente como si hubiese sido para nada.

Soy solo el esqueleto de lo que alguna vez fui, y fuiste tú, Gabriela, quien se debería hacer cargo de esto. ¡De todo esto! Del polvo en las repisas, de las cajas de cartón sin cerrar, de este departamento de mierda que jamás quise por mi cuenta. Me arrepiento de todo, incluso de las cosas buenas que ocurrieron por tu culpa. Mi vida hubiese seguido de lo más bien, quizás un poco aburrida, pero prefiero la monotonía a este dolor y a este cacho que me dejaste y del cual tú jamás sufrirás las consecuencias.

